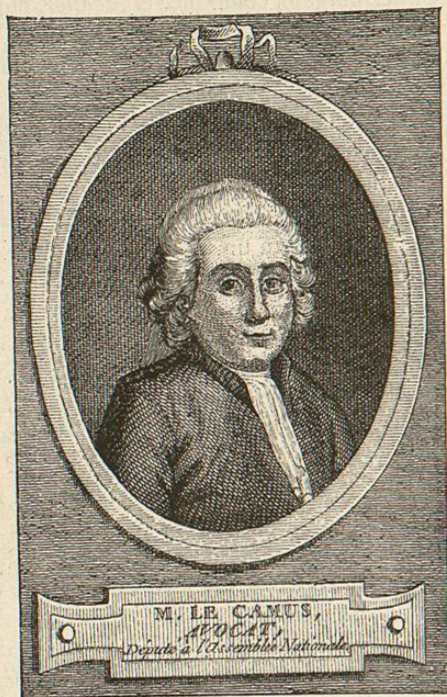


toda la política económica que en otro tiempo había sustentado Mirabeau enfrente de la de Necker y que había constituido, hasta muy poco antes, su inmarcesible timbre de gloria. El discurso comenzaba con estas palabras: «Intimidado y aun espantado en un principio, lo reconozco, por la idea de los asignados-moneda, y por otra parte en la imposibilidad de encontrar otro camino, en lo crítico de la situación y en la falta de medios de salvarla, habíame decidido hasta ahora á guardar silencio sobre este punto, dejando que resolvieran la cuestión personas mas ilustradas ó de mas confianza que yo. Esto no obstante, con la intranquilidad de la duda y animado del mayor patriotismo, seguía todos los movimientos que la nueva creación de los asignados imprimía á los negocios. Hoy, sin embargo, apoyado en la experiencia, impulsado por nuevas consideraciones, fija la vista en la crisis



en que nos encontramos y en las amenazas que se presentan para el porvenir, he llegado á formarme claro concepto de todas estas cosas y no vacilo en exponer mi parecer sobre la única medida cuerda y de seguro éxito que exigen las circunstancias.» ¿Y cuál era aquel parecer? En pocas palabras explicado, venia á ser el siguiente: «Los asignados han logrado el éxito previsto; los temores de sus adversarios se han disipado; la mitad de la salvación del Estado se ha consumado ya, la otra mitad se consumará si se da á los asignados mas amplitud de la que hasta ahora han tenido, haciendo que todos los franceses participen del éxito de esa gran operación (1).

caracteres manuscritos, con ser muy bonitos, resultan demasiado pequeños para leerlos en la tribuna. A los piés de la amanuense.» El editor Plan (colaborador de Mirabeau) sospecha que la copia del manuscrito la hizo la señorita Reybaz.

(1) ¿De qué manera tan extraña se trocaban á la sazón los papeles! Después del discurso de Mirabeau se leyó una proposición de Necker, en la cual se suplicaba ardientemente que no se hiciera una emisión exagerada de nuevos y sobre todo de pequeños asignados. Decíase en ella: «Comprendo la necesidad de hacer una nueva emisión de asignados antes de terminar el año; pero si se hace de un modo ilimitado, el dinero se esconderá por completo y seremos testigos de desdichas incalculables. Casi todos los ciudadanos, en vista de la intranquilidad permanente, pasarán á la categoría de descontentos. ¿Qué harán los fabricantes, particulares todos, que no tienen mas recursos para atender á sus gastos diarios? La seguridad de los trasportes de dinero estará en peligro y

» «Cómo, señores! Cuando teneis en vuestras manos un medio seguro de aumentar el número de los partidarios de la revolución y de hacerles solidarios, por su propio interés, del éxito de los trabajos revolucionarios; cuando podeis encender en pro de la Constitución aquellas almas frías que en los cambios de gobierno solo ven el cambio de fortuna y de continuo se preguntan: ¿cuánto perderé, cuánto ganaré con ello? cuando podeis convertir en amigos y defensores de la Constitución á los que hoy son sus detractores y enemigos, á esa masa de gente que ha visto sepultada su fortuna entre las ruinas del antiguo régimen y hace al nuevo responsable de su miseria; cuando, repito, teneis un medio de mejorar tantas desgracias, de reconciliar tantos intereses, de unir tantos deseos, ¿no encontrareis, por ventura, que este medio ofrece grandes ventajas, aun prescindiendo de que con él se salva nuestra aflictiva situación y de que una política juiciosa debería apresurarse á adoptarlo? Si considerais los asignados bajo este punto de vista, ¿no llenan por completo esta condición? Aun cuando vacilarais en aceptarlos como medida financiera, deberíais adoptarlos como poderosa arma de defensa de la revolución. En donde quiera que se crean asignados se desea en secreto que estos tengan crédito y curso; por doquiera que se extienda una parte de esta deuda nacional, se encontrarán hombres que desearán que se cancele y que los asignados sean permutados por los bienes nacionales que les sirven de hipoteca. Y finalmente, como la suerte de la Constitución depende de la seguridad de este recurso, allí donde se encuentre un poseedor de asignados tendremos necesariamente un defensor de los principios constitucionales, un acreedor que tendrá participación en el buen éxito de la Constitución.» Este fué el preámbulo de una proposición que presentó en 27 de setiembre y que defendió en un discurso mas largo todavía (2). En ella se pedía que para extinguir todas las deudas vencidas del Estado se hiciera una nueva emisión de asignados por la suma de mil millones, sin interés, y se crearan pequeños asignados, de menos de doscientas libras, por una cantidad total de ciento cincuenta millones.

La contradicción que se notaba entre el Mirabeau de antes y el de entonces era espantosa: para justificarla se apoyó el orador en la enorme diferencia que existía entre el papel moneda sin garantía y el papel con garantía, como la tenían los asignados desde el momento en que se les concedía la hipoteca y la enajenación de los bienes nacionales, siendo por tanto muy diferente el nombre de papel moneda del de papel hipotecario ó papel nacional que se daba entonces á los asignados. Pero esta diferencia se hacia ilusoria desde el momento en que los bienes nacionales no se pagaban con dinero contante y sonante, sino con los mismos asignados. En efecto, según la proposición del propio Mirabeau, de 27 de agosto, el precio de compra debía pagarse en asignados, con exclusion de dinero y de todo otro papel (3); y en cambio, á la sazón proponía que el pago en metálico fuera condición indispensable

será tambien inseguro el pago del ejército y de los funcionarios pobres. Grande es ya la suma que representa el papel moneda que está en circulación. ¿Cómo se quiere, con una nueva emisión de mil ochocientos ó mil novecientos millones, mantener el equilibrio entre el numerario real y el ficticio? Los actuales asignados de doscientas libras no pueden cambiarse por dinero efectivo sin grandes pérdidas, y los pequeños billetes de escaso valor nominal no son de fácil cambio y perjudican á las clases pobres. Consúltense la razón, la experiencia ó el simple sentido común y se retrocederá con espanto ante la idea de una nueva emisión que aumente los dos mil quinientos millones que hay ya en circulación de papel moneda, etc. *Moniteur*, V, pág. 503-504. Desgraciadamente la proposición solo se publicó en extracto.

(2) Barthe, II, pág. 503-505.

(3) Barthe, II, pág. 401: «Y recibir en pago de las adquisiciones los asignados, con exclusion de la moneda y de todo otro papel.»

para la emisión del papel moneda del Estado hecha en caso de determinada necesidad. En la sesión de 1.º de octubre de 1789 había dicho, conforme con sus antiguas opiniones (1): «No comprendo en qué sentido quiere el señor Aunson sostener que la teoría del papel moneda no corresponde ni al empréstito ni á las contribuciones. Pero estoy de acuerdo con él en que puede llamársela, si se quiere, despojo ó empréstito realizado sable en mano. Sé que hay casos de extraordinaria necesidad en los cuales una nación puede verse obligada á buscar su salvación en los billetes del Estado (la innoble palabra «papel moneda» debería ser desterrada del idioma) y que puede hacer esto sin peligro alguno cuando estos billetes tienen una hipoteca, una garantía libre y segura, y cuando su reembolso es tambien seguro en un plazo determinado. ¿Pero quién negará que la nación es la única que tiene derecho á crear billetes del Estado, papel que á nadie sea dado rechazar? En todos los demás casos, ese papel moneda será un atentado contra la lealtad, la fe y el crédito nacional; será la peste circulante (2).» De modo que entonces sostenía que no debía crearse papel moneda alguno cuando no había una garantía segura y cuando los pagos no se hacían en metálico; mientras que después en sus discursos y proposiciones sobre los asignados no dijo ni una palabra del pago en metálico ni del tiempo y modo en que debía verificarse, ni habló tampoco del equilibrio entre el papel y el valor numerario. Constantemente habló de los asignados como si fueran moneda sonante, y en la sesión de 27 de agosto decía: «La sociedad está perdida si nuestros asignados no equivalen á escudos y como tales son considerados (3).» ¿Y qué hizo para defenderse de las acusaciones que por su contradicción le eran lanzadas? En 27 de setiembre tuvo la osadía de leer el citado discurso de 1.º de octubre y de hacerlo luego imprimir, suprimiendo sin embargo las palabras «si su reembolso es seguro y cierto en un plazo determinado (4)» que eran la base de todas sus doctrinas.

Como se ve, el economista político Mirabeau estaba en notable contradicción consigo mismo. El monárquico Mirabeau no lo estaba menos.

Al estudiar las leyes administrativas y judiciales hemos hecho notar su silencio enigmático (5) cuando se trataba de cuestiones vitales que tocaban de cerca al poder monárquico y en general al poder público, dejando sentada la duda de si procedió de esta suerte impulsado por motivos de táctica ó por cuestión de principios. Ahora queremos reproducir una confesión suya que hasta el presente no ha llamado la atención de nadie, y que si no completa, puede arrojar bastante luz sobre el particular. En 31 de enero de 1790 escribía á su amigo Mauvillon: «Bien considerado, me atengo mas firmemente que nunca á mi sistema de que un gran reino jamás puede estar mejor administrado que por medio de una congregación de pequeños Estados federativos cuyo nudo federal consista en una asamblea representativa presidida y vigilada por el monarca. De esta suerte, y por la sola fuerza de una buena administración, pronto tendríamos la orilla del Rin y, lo que es mas, ejerceríamos irresistible influencia en todos los Estados de Europa, gracias á la Constitución y á la floreciente prosperidad de la raza humana (6).»

(1) Véase mas arriba.

(2) Con las mismas palabras que en el *Moniteur* aparece el texto por él mismo publicado en el *Courrier de Provence*, número 48, páginas 13-14.

(3) Barthe, II, pág. 480.

(4) Barthe, II, pág. 513.

(5) Véase mas arriba.

(6) *Lettres du Comte de Mirabeau à un de ses amis en Allemagne*, página 506.

REVOLUCION FRANCESA

De manera que el bello ideal de Mirabeau era convertir la Francia de Estado unitario en Estado federal. Si tomamos esta idea como punto de partida, encontraremos la clave de lo que hasta ahora ha parecido oscuro y veremos la conexión que existe en aquello que hasta ahora nos ha parecido desligado. Por de pronto, en los 120 departamentos, que sin cantones ni municipalidades quería crear Mirabeau, reconoceremos las unidades que debían constituir los miembros del Estado federal de Francia por él soñado (7). Así comprenderemos ahora por qué no formuló protesta alguna contra la autonomía de los departamentos en punto á la administración, á la justicia y á la constitución eclesiástica, pues aquella autonomía contribuía á la transformación de los departamentos en Estados que solo tenían de comun el monarca y el Parlamento. Por la misma razón nos explicamos por qué vió, sin pronunciar una palabra, cómo se despojaba á la Corona del derecho de nombrar los funcionarios públicos. La administración y el gobierno autónomos presuponían necesariamente la existencia de funcionarios autónómicamente elegidos y la exclusion de los de nombramiento real. Tambien se explica de esta suerte por qué protestó contra la impotencia de los departamentos respecto de los municipios, pues la autonomía de estos hacia que Francia se compusiera no de 120 sino de 42,000 repúblicas. Lo que no comprendemos es cómo pensaba unir estas 120 que podemos llamar repúblicas para que formaran una monarquía que fuese algo mas que un simple nombre; cómo se lamentaba de que el rey no tuviera cargos que conferir, cuando esto no era posible dentro de su Estado federal; cómo podía prometerse crear un poder ejecutivo fuerte cuando su Estado federal destruía los órganos del poder ejecutivo y hacia imposible su influencia en la vida interna de sus Estados aislados; cómo podía hablar de unidad del poder monárquico cuando destruía el mas indispensable de todos sus fundamentos, que era la unidad del Estado. Si el ideal del Estado era para Mirabeau la confederación de 120 repúblicas reunidas bajo el poder de un presidente, llamado rey, que no tuviera de comun con un rey verdadero mas que el carácter de hereditario, su plan no discrepaba mucho del Estado ideado por las Constituyentes y no podía armonizarse con la verdadera monarquía; y si se prometía crear una monarquía con todos sus atributos poníase en contradicción consigo mismo, ora tuviese este propósito, ora no lo tuviese en realidad.

CAPITULO X

MUERTE DE MIRABEAU

Los escritos que Mirabeau dedicó á la corte reflejaban su talento y contenían datos excelentes y rasgos fascinadores. Daban en efecto idea de la inagotable fecundidad de aquella cabeza, siempre creadora, nacida realmente como ninguna otra en Francia para tratar los graves asuntos del Estado; cabeza en la cual, á pesar de sus actos de disipación y extravagancia, no permanecía nunca inactivo el trabajo intelectual, ni caía en la rutina; cabeza, en fin, de donde brotaban continuamente, en medio de aquel cambio incesante de situaciones y de opiniones, consejos y recursos tales que parecía cosa imposible sorprender su prevision y poner en duda el conocimiento que de las cosas y de los hombres tenía. En sus discursos, memorias y proposiciones al Parlamento, de la misma manera que en sus libros, entraba en tanta parte el trabajo de otros (8) que por ellos apenas se puede formar

(7) Véase mas arriba.

(8) Acerca de este punto, que fué por vez primera sentado cuando la aparición de los *Souvenirs*, tantas veces citados por Dumont, hace

idea de su personalidad: el que por medio de estos trabajos quiera adquirir datos seguros sobre el particular habrá de tomar como punto de partida aquellas memorias secretas en que el autor se nos presenta sin disfraz, sin cooperacion ni mezcla alguna, tal como en realidad era aquel hombre que supo hacer trabajar para él á los demás, cosa que no es dada sino á los hombres extraordinarios.

De los consejos que dirigió á la corte no nos interesan ahora aquellos que nacian un día para desaparecer al siguiente, sino simplemente los que se refieren á sus sentimientos como patriota y hombre de Estado. Estos precisamente son los que revelan de un modo harto claro por qué se quejaba constantemente de falta de confianza y por qué no se ponía remedio á estas quejas.

En su discurso de 27 de setiembre de 1790, Mirabeau se dió á conocer como un hombre que habiéndose en un principio mostrado indeciso respecto del peligroso ensayo de los asignados, habia acabado por adherirse por completo á esta medida aleccionado por la experiencia y despues de mas maduras reflexiones. El Mirabeau de entonces debia considerar exacto lo que antes habia tenido por falso, y un orador que, como Mirabeau, sin convicciones profundamente arraigadas acerca de la legitimidad de los asignados, presentara tales proposiciones, cometia un delito sin igual. ¿Pero creyó realmente Mirabeau en el buen éxito de la operacion de los asignados? Con fecha de 1.º de setiembre de 1790, escribia en su memorial número 21, dirigido á la corte: «¿Puede responderse del resultado de los asignados? Me atrevo á decir que no. De nada puede responderse en un país como Francia y menos en circunstancias en que luchan abiertamente entre sí preocupaciones tan opuestas y tan encontradas pasiones (1).» El que no quiere responder del resultado de una cosa que no está en las manos de uno solo, no muestra todavía desconfianza absoluta en la posibilidad del éxito, pero el que en 1.º de setiembre se niega tan rotundamente á garantizarlo no puede, como legislador, prometer un feliz resultado con la seguridad que lo habia hecho antes, en 27 de agosto, y despues de aquella fecha en 27 de setiembre. Esta confesion produce una impresion profunda y dolorosa; pero no impresiona menos la que se hace á continuacion en la memoria número 29, de 6 de octubre de 1790, en la cual entre todos los peligros de muerte que ofrecia la nueva Constitucion, se describia el que amenazaba bajo el punto de vista financiero con las siguientes palabras: «Rasguemos el velo que cubre la teoría de las contribuciones. Al pueblo se le ha prometido mas de lo que puede cumplirse; se le han dado esperanzas imposibles de realizar; se le ha permitido, sobre todo, sacudir un yugo al que no se le podrá ya someter de nuevo; háganse las supresiones, eliminaciones y economías que se quiera, el nuevo régimen resultará siempre mas caro que el antiguo, y en último resultado, cuando el pue-

Goethe, en su penúltimo diálogo con Eckermann, (17 de febrero de 1832), algunas observaciones que merecen ser leídas y cuya conclusion no podemos menos de transcribir: «En el fondo, es una locura averiguar si alguno tiene algo de sí mismo ó lo tiene de los demás; si obra por sí ó por medio de otros: lo principal es que se tenga una gran fuerza de voluntad y mucha habilidad y constancia para realizarlo: todo lo demás es indiferente. Mirabeau hacia, pues, perfectamente utilizando como podia sus fuerzas propias y las de sus auxiliares; poseia el don de distinguir el talento y este se sentia de tal manera atraído por su vigorosa y sutilísima naturaleza, que se sometia por completo. De esta manera, se veía rodeado de un conjunto de fuerzas notables á las cuales daba impulso y ponía en actividad para sus altos fines particulares. Y precisamente en saber obrar con y por medio de otros estribaban su genio, su originalidad, su grandeza.» *Diálogos con Goethe en los últimos años de su vida*, por J. P. Eckermann. Quinta edicion. Leipzig, 1883, tomo III, pág. 253.

(1) Bacourt, II, pág. 155.

blo juzgue á la Revolucion, se preguntará si se le saca del bolsillo mas ó menos dinero, si vive con mas comodidades, si ha de trabajar mas y si ese trabajo está mejor retribuido. Bajo este punto de vista, la Asamblea nacional se encontrará en una penosa alternativa. ¿Se niega á aumentar los sueldos de los funcionarios administrativos y de los jueces? Entonces para las necesidades burocráticas solo podrá disponer de aquella clase de hombres para quienes cualquier empleo se convierte en ocasion de medro; pero en un siglo ilustrado la sociedad no puede estar gobernada por una escoria. ¿Aumenta esos sueldos? En este caso los impuestos serán intolerables y la miseria del pueblo clamará por otras leyes. La venta de los bienes nacionales aliviaria durante algunos años á la nacion de la opresion de las contribuciones; pero este es un nuevo lazo que se nos tiende. Si los bienes desaparecen y las deudas subsisten; si se ve que los mas ricos dominios que pueblo alguno ha poseido son devorados, el pueblo dejará de ser espectador indiferente y nada podrá hacerse que contribuya á hacerle recobrar su perdida confianza (2).» El orador del 27 de agosto y del 27 de setiembre habia asegurado con gran aplomo que con mil millones en nuevos asignados se extinguiria toda la deuda del Estado, se atenderia á todos los gastos de la administracion y se pondria remedio á la falta de dinero que se notaba en el tráfico mercantil, quedando de esta suerte convencido todo francés de que el éxito de la Revolucion seria para todos un buen negocio. El mismo orador, en 6 de octubre, aseguraba con igual aplomo que la Asamblea sucumbiria por su política económica,—no se hablaba de la salvadora medida de los asignados,—pues los bienes nacionales serian disipados, las deudas subsistirian, el Estado no podría vivir sin impuestos y la Asamblea no podria restablecer los ya suprimidos, con lo cual no podrian pagarse los gastos de la nueva libertad.

Si esto último era lo que realmente opinaba Mirabeau,—y por fuerza habia de serlo,—¿cómo pronunciaba discursos y presentaba proposiciones como los de 27 de agosto y 27 de setiembre?

La contestacion á esta pregunta la encontramos tambien en el acta de la sesion inserta en el *Moniteur* (3). El gran discurso de Mirabeau fué casi á cada párrafo interrumpido por estrepitosos aplausos. ¿De quién partian estos? De los hombres de la izquierda, de los jacobinos, que pocos meses, antes habian acusado de traicion á Mirabeau. Al partido que dominaba á Paris mientras llegaba el tiempo de ser dominado por los parisienses, al partido que con ellos esperaba de los asignados montes de oro, extincion de las deudas, disminucion de los impuestos y general bienestar, á este partido llegaron al alma las palabras de Mirabeau, el cual con sin igual talento supo en aquella ocasion convertir el arsenal de argucias en materia de prueba, en apariencias convincentes; y cuando terminó su discurso con las siguientes patéticas palabras: «Atrevámonos á ser grandes, sepamos ser justos: solo á este precio se es legislador,» la Asamblea se sintió dominada de un loco entusiasmo, que se manifestaba en incesantes salvas de aplausos. Desde el 26 de setiembre de 1789 no habia tenido Mirabeau una ovacion tan ruidosa. En vano á la sesion siguiente evocó el abate Maury la sombra de Law diciendo, con dos de estos billetes en la mano: «Ved el desdichado papel cubierto por las lágrimas y la sangre de nuestros padres: he visto grandes montones de este papel. Consideradlo como signo que os muestra los escollos y guardaos de él si no quereis naufragar (4).» Barnave

(2) Bacourt, II, págs. 213-214.

(3) Tomo V, pág. 753.

(4) *Moniteur*, V, pág. 771.

le contestó en un largo discurso en que se seguian uno por uno todos los argumentos de Mirabeau. El final del debate fué el acuerdo siguiente, que en 30 de setiembre se tomó, conforme con la última proposicion: la deuda flotante del Estado, como la del antiguo clero, se pagará en asignados (moneda sin interés); los asignados en circulacion ascenderán á 1,200 millones, incluso los 400 millones ya acordados; los asignados que ingresen de nuevo en la *Caja del extraordinario* serán quemados; no podrá hacerse una nueva emision de asignados sin acuerdo expreso de los Cuerpos legislativos y siempre con la condicion de que no deberán exceder del valor de los bienes nacionales y de que no podrá elevarse su circulacion á mas de 1,200 millones (1). Mirabeau escribia á Mauvillon diciéndole que este acuerdo ponía el sello á la obra de la Revolucion. El debate, sin embargo, que habia precedido habia sellado el pacto que si no formalmente á lo menos de hecho habia cerrado Mirabeau con los jacobinos, con los Lameth, Barnave y Dupont. Sin duda Mirabeau entró en este pacto para destruir toda sospecha, para adormecer toda desconfianza, pues desde su alianza con la corte, todos sus pasos inspiraban una sospecha y una desconfianza á las cuales, por cierto, él mismo daba pábulo.

En efecto, apenas tuvo dinero que le permitiera pagar á sus acreedores y vivir sin temor al porvenir, realizó, sin cuidarse para nada de la opinion pública, un cambio de vida que hubo de llamar la atencion de todos. En vez de la mala habitacion que hasta entonces habia ocupado, ya se comprenderá que habia de tomar otra mejor, pero lo que no se comprende es que alquilara toda una casa en la mejor calle de Paris, la Calzada de Antin, y que en lugar del criado único que hasta entonces habia tenido, tomara un ayuda de cámara, un cocinero y un cochero, y adquiriera coches y caballos, cuando todo el mundo sabia que hasta entonces habia vivido en la mayor estrechez. Su amigo, el conde de la Mark, le advirtió cuán inconveniente era semejante ostentacion y cuántos peligros ofrecia al propio tiempo aquel género de vida, pronosticándole que sus muchos enemigos se apresurarian á averiguar la fuente de donde procedia su repentino bienestar. Mirabeau oia todas estas reflexiones con «sin igual benevolencia,» prometia reducir sus gastos, pero seguia viviendo con lujo y entregándose á los placeres (2). Ya sabemos la tormenta de acusaciones personales y de sospechas que contra él se desató durante el mes de mayo, cuando se atrajo la cólera de sus adversarios políticos en la cuestion del derecho de paz y de guerra; y sabemos tambien con qué serenidad y con qué talento supo arrostrarla (3). Desde entonces no fué provocador, por lo menos en sus discursos y proposiciones, y desde fines de agosto, época en que abrazó la causa de los asignados, se conquistó el favor de los que hasta entonces le habian injuriado y vilipendiado. A fines de setiembre era ya su héroe y favorito, y desde entonces engañó públicamente y en todas ocasiones á los jacobinos, que estaban animados de buenos sentimientos, mientras en secreto presentaba esta conducta como una táctica muy meditada y propia para seguir una política correctamente monárquica.

En octubre trabajó en pro de un cambio de ministerio; afirmó que habia llegado el momento oportuno de derogar el funesto decreto de 7 de noviembre de 1789 que prohibia á los diputados formar parte del gabinete, y llegó hasta concebir el proyecto de que el rey enviara un mensajero para tratar de esta cuestion con la Asamblea, pero no se atrevió á formular una proposicion en este sentido y mucho menos á presentarla, á pesar de haberlo así expresamente prometi-

(1) *Moniteur*, VI, pág. 4.

(2) Bacourt, I, pág. 171.

(3) Véase mas arriba.

do (4). Fomentó una conspiracion de los jacobinos contra el ministerio, del cual hacia un mes habia salido Necker; entró á la corte del voto de censura que las cuatro comisiones de la Asamblea reunidas preparaban contra el gobierno, y suplicó al rey que, en interés de su propia dignidad, se desprendiera espontáneamente de los ministros y llamara á los jacobinos, con lo cual evitaria la presion que no tardaria en hacerse sobre su ánimo. Los diputados jacobinos abandonarían, como ministros, sus ideas jacobinas para convertirse en realistas, y el mas furibundo demagogo, al mirar de cerca los males que aquejaban al país, comprenderia que todas las desdichas reconocian por causa la impotencia del monarca (5). Al ver que sus esfuerzos no obtenian éxito ni en la corte ni en la Asamblea, y al comprender que la corte se aconsejaba á espaldas suyas con otras personas, su cólera se desencadenó en apasionados ataques contra los realistas, ataques mayores que los que hasta entonces habian salido de sus labios y que constituyeron su discurso de 21 de octubre y aun mas el de 13 de noviembre. En ambas ocasiones improvisó con brillante elocuencia, pues la polémica de inyectivas era su elemento. Dominaba magistralmente el lenguaje de la cólera y de la indignacion, tanto si eran verdaderas como si eran fingidas (6); pero la indignacion á que entonces se entregó fué la del demagogo que aprovecha la ocasion de hacerse temible á unos y notable á otros. Despues de aquellos discursos nadie se atrevió á decir que estuviera en relaciones secretas con la corte.

A consecuencia de una sublevacion de marineros ocurrida en la escuadra de Brest, las comisiones reunidas presentaron en 21 de octubre la siguiente proposicion: «La bandera blanca, que hasta ahora ha sido la bandera de Francia, será sustituida por otra con los tres colores nacionales; pero no ondeará en la escuadra (de Brest) hasta que todas las tripulaciones hayan sido reducidas á la obediencia (7).» Sobre esta proposicion hizo el realista Foucault la siguiente manifestacion poco meditada: «Ese nuevo juguete de la bandera tricolor lo abandonaremos á los niños. Las preocupaciones son dignas de respeto; es preciso dejarlas intactas. No nos dejemos engañar por las frivolidades de la moda loca.» A esto replicó Mirabeau: «En presencia de un pueblo que nos escucha hay quien se atreve á decir que existen antiguas preocupaciones que es preciso respetar, como si la gloria de la nacion y la vuestra no consistiera precisamente en haber destruido esas preocupaciones que hoy se invocan. Seria indigno de la Asamblea discutir sobre pequeñeces; pero el lenguaje de los signos ha sido siempre la mas poderosa palanca para mover á los hombres, el primer estímulo de los patriotas y los conjurados para el buen éxito de sus alianzas y de sus planes. En una palabra, hay quien se atreve á usar con vosotros un lenguaje que traducido fielmente quiere decir: nos creemos bastante fuertes para implantar la bandera blanca, es decir, el estandarte de la contrarrevolucion (*Grandes gritos en la derecha y estrepitosos aplausos en la izquierda*), en lugar de los odiados colores de la libertad. Esta observacion es realmente digna de llamar la atencion, pero su resultado no espanta. En realidad, habeis mostrado excesiva confianza. Creedme (*A la derecha*), no os adormezcais en tan peligrosa seguridad, pues el despertar seria rápido y terrible (*Violentas*

(4) Bacourt, II, págs. 228, 232, 233 y 234. En el tomo octavo de sus Memorias se encuentra (páginas 126-149) un magnífico discurso—que Mirabeau queria pronunciar, pero que no pronunció—referente á la derogacion de aquel decreto.

(5) Bacourt, II, pág. 235.

(6) Brissot dice de él: «Mirabeau sobresalia en la polémica, sobre todo cuando estaba indignado; el orgullo y la cólera le arrancaron párrafos admirables.» *Mémoires*, edicion Lescure, Paris, 1877, pág. 388.

(7) *Moniteur*, VI, pág. 177.